



José de Benito



Simón Bolívar

De Estampas de España e Indias



Semblanza

En una vieja casa señorial de Caracas hay gran revuelo. Corre el año de 1783. Don Juan Vicente Bolívar Jaspes y Montenegro, caballero del hábito de Santiago, ha logrado la continuidad de su estirpe. Su esposa, doña María de la Concepción Palacios y Blanco, acaba de darle un heredero. Es español el padre, es española la madre; españoles son los abuelos todos. El señor capitán general de Venezuela felicita a sus compatriotas por la alegría que se les ha entrado por las pesadas puertas de cuarterones de su mansión. Con presagios de maravilla se ha asomado al mundo un español por los cuatro costados de los que, desgraciadamente, no suelen prodigarse en la Historia. El pequeñuelo que llora entre los finos pañales de su cuna se llama Simón Bolívar

y Palacios Jaspes y Blanco, para que pueda afirmarse siempre su color antes de ser quemado por el sol de los Andes.

Andando el tiempo, Simón Bolívar y Palacios, que conoció en Madrid las corruptelas de la corte borbónica, la pobreza espiritual de algunos dirigentes de España a fines del siglo XVIII y la insatisfacción aneja a todo período decadente, habrá de libertar las antiguas colonias, y a su impulso irresistible de creador surgirán las nuevas naciones de la América hispana. Fue un español de limpia y generosa sangre el que por un ideal de democracia y de libertad tuvo que combatir contra otros españoles.

* * *

-141-

Catorce años antes, en 1769, en Ajaccio, pequeña ciudad corsa, en el seno de una familia toscana de noble y viejo abolengo florentino -los Buonaparte- viene al mundo el niño Napoleone, que a la estirpe paterna agrega por su madre Leticia Ramolino los cuarteles itálicos de la familia de Pietra Santa. No hay una gota de sangre francesa por las venas del que habrá de ser emperador de los franceses... y conquistador de Italia, cuna de sus abuelos.

Curiosas coincidencias de destino entre Bonaparte y Bolívar. Uno y otro llegan a ser la primera figura del continente en que nacen. Uno y otro sienten el deseo vehemente de unificar los territorios de su mando. Bolívar sueña con la federación de la América hispana. Napoleón desea rehacer el imperio latino bajo su mando. Los dos derrotan a su patria de origen o de sangre. Bolívar a España, Napoleón a Italia. Uno y otro mueren jóvenes, y los dos separados del poder y abandonados de la mayor parte de aquéllos a quienes habían sacado de la nada. Pero Bolívar quería ser un «buen ciudadano», Napoleón quiso ser, y lo fue, un emperador. La diferencia vale tanto o más que las semejanzas.

* * *

Si algún rasgo es capaz de encuadrar la figura de Simón Bolívar, el Libertador de América, yo no dudaría en decir que es el amor. Bolívar es, sobre

todo, por encima de todo, el gran amador. Es el hombre que por amor a la Humanidad se subleva contra un régimen que oprime a sus súbditos en la metrópoli y en las colonias. Es el hombre que por amor a la libertad crea cinco pueblos, allá donde crear uno parecía locura. Es el hombre que ama con pasión y con desinterés, sin precedentes y sin seguidores. Ama la gloria, la justicia, la libertad, la naturaleza, la patria, la belleza y la mujer, dándose a estos amores sin reservas y sin egoísmos. «Amaba un ideal -dice Sherwell-, y para ese ideal vivía y ese ideal fue su último pensamiento antes de entregarse al reposo de -142- la tumba.» No hay en la Historia ejemplo de más sincero desinterés que el suyo. Ya en las ansias de la muerte, cuando la verdad se impone sobre las conveniencias, Simón Bolívar dicta estas admirables palabras en su postrer proclama: «Colombianos, testigos habéis sido de mis desvelos por implantar la libertad donde antes reinaba la anarquía. He trabajado generosamente, sacrificando mi fortuna y mi sosiego. Resigné el mando al convencerme de que no creáis en mi desinterés. Mis enemigos aprovecharon de vuestra credulidad y saltaron sobre lo que hay de más sagrado para mí: mi reputación de amante de la libertad; he sido víctima de mis perseguidores, que me han puesto al filo de la tumba. Los perdono. Al desaparecer de entre vosotros, mi amor me impulsa a expresar mi última voluntad. No aspiro a gloria alguna, fuera de la consolidación de Colombia; todos deben trabajar por los inapreciables bienes de la unión... Si mi muerte puede servir para acabar con el espíritu de partido y fortalecer la unión, tranquilo bajaré al sepulcro.»

La vida del Libertador es una práctica constante del más puro y limpio romanticismo. Heredero de una gran fortuna, la pone al servicio de su ideal y muere, después de haber libertado un continente y ejercido el poder en cinco repúblicas, en tan honesta pobreza que la camisa que ha de amortajarle ni siquiera le pertenece. Es la que comprara el Minca Aracataca para que el general Morillo le colgase al pecho una condecoración. La anécdota no es demasiado conocida y merece ser divulgada. Minca Aracataca era un cacique indio de las cercanías de Santa Marta a quien por algunos servicios prestados a la causa de España, el general Morillo, luego conde de Cartagena, promete

una condecoración. El cacique sale de su rancho y a mitad de camino, bien porque encontrara dificultades para llegar hasta el general, o porque como dice Restrepo en su historia de la revolución de Colombia, se sintiera avergonzado considerando que traicionaba a los suyos, decide no presentarse a la ceremonia. Iba con una camisa nueva de chorrera que había comprado para -143- lucirla ante los españoles. Al variar de opinión no se atreve a regresar con aquella prenda de gala y encontrándose cerca de la finca de San Pedro Alejandrino, propiedad del hacendado español Mier, entra en ella, vuelve a ponerse su ropa vieja que llevaba en un hato, la deja allí y desaparece. La camisa es guardada en un armario y tiempo después cuando el 17 de diciembre de 1830 Simón Bolívar muere acogido por el señor Mier en su finca, un ayudante del Libertador, que busca sin encontrarla una camisa en el equipaje de su jefe, se tropieza con la de Minca Aracataca, imagina ser de Bolívar y es con ella amortajado.

Bolívar muere apenas se separa de su gran obra. No necesita para la posteridad, como Napoleón, el purgatorio de los seis años en Santa Elena. *Le Temps* de París de 1831, cuando se conoce la noticia de la muerte del Libertador, dice de él: «Bolívar ha sido el hombre completo de nuestra Era; ni una mancha se columbra en toda su vida. Ninguna cabeza se ha levantado tanto como la suya. Excede a Washington en la duración, extensión y dificultad de sus empresas y lo iguala en virtudes cívicas. Si cede a Napoleón en cuanto al genio de la guerra, es porque aquél es una especie de excepción en la Humanidad; pero al mismo tiempo, ¡a qué distancia no deja Bolívar a Napoleón bajo el aspecto de la libertad y de noble ambición!». Y Benjamín Constant decía de él en vida: «Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona -como murió-, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene semejante.»

No fue por un azar por lo que el más grande escritor romántico, lord Byron, bautizara su yate con el nombre de Simón Bolívar. Bolívar, noble y militar profesional como Napoleón, no tiene, como éste, la ambición del mando. Cualquiera otro la hubiera sentido en su lugar, y es maravillosamente cierto lo que dijera Emilio Olivier de que en tiempo de Bolívar el nombre de éste

circulaba entre los pueblos de Europa -sin excluir a España- como sinónimo de libertad. La doctrina liberal de Bolívar, en efecto, no tiene quiebra. En el Congreso de Caracas -144- en 1814 dice a los representantes del pueblo allí congregados: «Yo no soy el soberano. Vuestros representantes son los que os han de dictar leyes... Con ansias deseo transferir este poder a los representantes que nombréis, y espero que me relevaréis de un cargo que cualquiera de vosotros puede sustentar dignamente, dejándome a mí el único honor a que aspiro, que es el de seguir combatiendo con nuestros enemigos. No es el despotismo militar lo que puede hacer libre a un pueblo, y el poder que yo tengo no puede ser bueno para la república sino por breve espacio de tiempo. Un soldado victorioso no tiene derecho alguno a gobernar su país. No es un árbitro de leyes y gobiernos: es el defensor de la libertad, y sus glorias han de ser las mismas que las de la república, y su ambición ha de considerarse satisfecha con hacer la felicidad de los ciudadanos.» Así hablaba y así actuó el Libertador de América. Napoleón, en cambio, a los dieciocho años, escribía a Paoli, el gran patriota corso: «Yo nací cuando la patria moría.» Entonces su patria era Córcega. Odiaba a los franceses: «He de hacer a tus franceses todo el daño que pueda», le decía a Bourrienne, el único de sus camaradas con quien tuvo alguna amistad. Y cuando éste trataba de calmarle, añadía: «No, pero a ti no; tú no te burlas nunca de mí; tú me quieres.» No era Napoleón el que quería a Bourrienne, era Bourrienne el que quería a Napoleón. Tampoco quería a los franceses. Su odio estaba alimentado por aquella frase que escribió a Paoli. En efecto, Córcega, como pueblo independiente bajo la dirección patriarcal de Paoli, después de haber sacudido el yugo genovés, agonizaba cuando nació Napoleone Buonaparte. En mayo de 1769 -tres meses antes de que naciera Napoleón- los corsos tuvieron que enfrentarse en Ponte Novo con las tropas invasoras francesas del Conde de Vaux, y derrotados por la superioridad numérica del enemigo, apenas si pudieron poner a salvo a su caudillo embarcándolo para Londres.

Bolívar nace en Caracas, y por defender la libertad, primero de Venezuela y luego de los pueblos hermanos, -145- se enfrenta al poderío del imperio español. Asume pues la postura difícil, sin reparar en su conveniencia.

Napoleón nace en Córcega, reconoce que su patria se muere a manos de Francia y cuando va a estudiar a Francia -como Bolívar va a estudiar a España-, la reacción del uno es egoísta, olvidando los dolores de su tierra; la del otro es del más puro altruismo.

Bolívar es un soñador maravilloso que pone al servicio de sus sueños un Potosí de voluntad, y en los trances más duros, cuando todos los temples se quebraban, el acero de su alma lograba el milagro de reavivar la fe en el ideal. «Más temible vencido que vencedor», dijo en cierta ocasión de él el general Morillo, que tenía motivos para conocerle a fondo y admirarlo. Y después de la famosa entrevista de Santa Ana, en que los dos generales enemigos se abrazaron con la nobleza de quienes en la lucha han aprendido a estimarse, el Conde de Cartagena comunicaba al Gobierno de Madrid la siguiente nota secreta: «Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. Él es la revolución.» Bolívar es ciertamente la revolución que en España no puede desatarse por la Guerra de la Independencia primero y por el despótico y cercano gobierno de Fernando VII más tarde. En una proclama que firma el Libertador en su cuartel general de Angostura, el 15 de agosto de 1818, se ve el pensamiento de Bolívar a este respecto: «La España que aflige Fernando con su dominio exterminador, toca a su término. Enjambres de nuestros corsarios aniquilan su comercio; sus campos están desiertos. El imperio español ha empleado sus inmensos recursos contra un puñado de hombres desarmados y desnudos, pero animados por la libertad. El cielo ha coronado nuestra justicia: el cielo, que protege la libertad, ha colmado nuestros votos y nos ha mandado armas con que defender la humanidad, la inocencia y la virtud.»

-146-

El sentido de la justicia en el Libertador esmalta su vida, porque a quien combate a sangre y fuego en la época de la guerra de represalias, no es nunca a los españoles amantes de la libertad, sino a los que al servicio de Fernando

VII sujetan también en España el pensamiento y sojuzgan las libertades. Y a la intransigencia la combate en todos los terrenos. La imprenta, como alguien dijo de él, es la artillería de su pensamiento. Se da en Bolívar el caso extraordinario de que desde que inicia su labor en pro de la independencia de su patria, hasta muy poco antes de morir, el Libertador no abandona jamás su labor de prensa, y su preocupación por que el pensamiento liberal prospere y gane adeptos, le lleva a preocuparse, como ningún otro hombre de Estado de su tiempo, de responder a cuantos ataques se hacen a su doctrina. Funda periódicos, como *El Correo de Orinoco*, en Angostura; escribe en *El Observador* y aconseja a sus redactores que siempre que hablen de Fernando VII se pongan los artículos bajo titulares expresivos de *tiranías* y *fanatismo*; indica a un redactor, adelantándose en más de cien años al concepto moderno de la propaganda política, que la imprenta, en la guerra, es tan útil como los pertrechos. Colabora en periódicos de Venezuela, Colombia y el Perú, y pueden leerse artículos y boletines en las gacetas de Lima, Caracas y Guayaquil.

Simón Bolívar es el pensamiento puro de la revolución democrática, y es al mismo tiempo su incansable ejecutor sin una sola ambición personal. Simón Bolívar va de muchacho a España, conoce la Corte de Carlos IV. Esa Corte cuya crítica despiadada y exacta hiciera el inmortal pincel de don Francisco de Goya. Frecuenta primero las casas de sus parientes aristócratas, después las esferas y camarillas palatinas. Trata al felón del príncipe heredero, conspirador contra su propio padre, débil e infeliz; oye la historia escandalosa de la reina María Luisa, y sobre todo, ve lo que hasta entonces no creyera, que el pueblo español sufre, como el de América, esclavitud y miseria. Visita luego Francia e Italia acompañado de su antiguo preceptor.

-147-

Corre el año 1804 y las ambiciones de Napoleón Bonaparte le han llevado a traicionar a la república a la que servía y a desoír los consejos de Josefina que, según Bourrienne en sus *Memorias*, le decía constantemente: «Por favor, Bonaparte, no te hagas rey.» Para Bolívar la traición de Napoleón es imperdonable. Toda la admiración que por él sintiera en su primera época, se

transforma en desprecio. Su exaltado idealismo no concibe el interés personal y el sacrificio de un pueblo en aras de un interés dinástico. «Desde que Napoleón se ha hecho rey, -dice el futuro libertador de América en más de una ocasión-, toda su gloria me parece como el resplandor del infierno.»

El alma libre y pura de Bolívar, que a raíz de la muerte de su esposa, María Teresa de Toro, decidió no volver a casarse, dedicándose con toda su energía a la libertad del continente americano, no podía perdonar al corso Bonaparte, grande, sin embargo, por tantos conceptos, su vanidad de fundar imperios o monarquías en los que se perpetuase su apellido, por encima del triunfo de los ideales revolucionarios. Al año siguiente, en Italia, presencia el espectáculo de la gran parada de Milán en la que las tropas francesas victoriosas desfilan por delante del emperador de los franceses y rey de Italia -la de los Bonaparte-, sojuzgada por su propio hijo, y el acontecimiento provoca náuseas y odio en el alma ingenua del Libertador, incapaz de egoísmos e impurezas semejantes. Poco tiempo después, encontrándose en Roma y en ocasión de contemplar sus ruinas desde el monte Aventino, el espíritu romántico de Bolívar encuentra motivo para exaltarse ante la opresión de los pueblos, y en explosión magnífica jura no darse reposo hasta conseguir la libertad del suyo. La vista de las grandezas pasadas y presentes no le lleva hacia el fácil camino de tomar ejemplo de los césares, o del emperador de los franceses que decía de sí mismo: «Yo soy un emperador romano, de la mejor raza de los césares.» No, cada vez se arraigan más en él el ansia de libertar a las gentes sojuzgadas y su ideario democrático. No piensa -148- en su grandeza, sino en la de su pueblo, y a esa sublime tarea se entrega con desinterés de gran enamorado, capaz de todo sacrificio, sin pedir nada en cambio.

Las dos frases de Napoleón: «Yo nací cuando la patria moría» y «Yo soy un emperador romano, de la mejor raza de los césares», definen con suficiente claridad el impulso egolátrico del soldado condotiero contra el que había de concitarse el mundo entero para evitar que en su impulso irrefrenable sometiera a vasallaje las coronas imperiales o reales que se alzaban en el mapa político europeo de los comienzos de la decimonona centuria, aun cuando hay que decir, en honor del emperador de Francia, que la mayor parte

de los pueblos salían ganando con la legislación que seguía a los granaderos y a la guardia en sus conquistas, pues entre el régimen despótico de muchas de aquellas coronas y el sentido humano de las leyes napoleónicas imbuidas de los principios de la Revolución francesa, había una notable diferencia en favor del Derecho francés. El republicanismo de Bolívar se aferra y se exalta a medida que se adentra en la realización de su ideal y las dificultades se aparecen como insuperables. «Los intereses reales de una república -dice en la famosa carta de Jamaica, escrita en los dolorosísimos momentos de su destierro de 1815 en aquella isla-, están circunscritos a la esfera de su propia conservación, prosperidad y gloria. No siendo la libertad imperialista, puesto que es opuesta a los imperios, ningún impulso mueve a los republicanos a dilatar las fronteras de su país, injuriando a su propio centro, con el solo objeto de dar a sus vecinos una constitución liberal. Ningún derecho ni ventaja se sacan de conquistarlos, a no ser que los reduzcan a colonias, territorios conquistados o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma.» Y más tarde le dice al Congreso de Angostura: «La continuación de la autoridad en un solo individuo fue con frecuencia la ruina de los gobiernos democráticos. Las elecciones repetidas son cosa esencial en los sistemas populares, porque nada hay tan peligroso como permitirle a un ciudadano que permanezca largo tiempo -149- en el poder. Acostúmbrase el pueblo a obedecerle y él a mandarle, de donde resulta usurpación y tiranía.»

Difícil ha de ser encontrar en las antologías del pensamiento político, de gobernantes militares o civiles, que acaben de dar la victoria y la libertad a su país, respeto más profundo a los derechos del pueblo.

No es necesario insistir mucho para llegar a la conclusión de que, en efecto, la cualidad más esencial de Simón Bolívar es el amor o el desinterés; pues el primero sin el segundo habría de llamarse amor propio, que en buena paradoja ni es propio ni es amor, sino más bien trasunto de egoísmo y pequeñez de espíritu. La mirada de Bolívar es apasionada, cálida; la de Napoleón es fría: «Y había una mirada fría en sus pupilas grises.» El amor llena la vida toda del Libertador. A la mujer la ama entregándose y sin exigencia. Por sus brazos y por su corazón pasan no sólo su esposa, sino que cuando ésta muere le

esperan temblorosas, para brindarle sus caricias, doña Manuelita Sanz; Fany de Villars; María Ábrego; Manuela Madroño; Luisa Broker, la dominicana; Josefina Madrid; doña María Joaquina Costas, de la que se dijo tuvo descendencia; Anita Lenoit; Balbina Gómez; *et sic de caeteris*. Napoleón ama a la Condesa Walewska, se deja prender por la bella criolla Josefina de Beauharnais y más tarde la repudia para casarse con María Luisa, la hija del emperador de Austria, de la que necesita un heredero con sangre de alguna casa reinante europea. No es el amor el que le guía, es el amor propio. Los dos, Bolívar y Napoleón querían «ser» y los dos «fueron», pero en el cálculo de Napoleón la piedad no entraba para nada. No se observa en él, como dice un autor, la menor lucha por la afirmación moral. Aquel caudillo militar por naturaleza, escribe Valentín, vinculado a la época, sabía algo más que mandar. Sabía manejar con destreza la retórica del día. Y sabía tratar con prodigioso virtuosismo a los hombres a que quería atraerse: pulsaba con arte consumado el psíquico instrumento, evidenciando de modo insuperable, en estos casos, elegancia, espíritu, ingenio y gracia. La voz clara y penetrante, cabrilleaba - 150- entonces, solícita, seductora y parece que en estos instantes cobraba un tono suave y cálido irresistible. Tras todo ello se ocultaba aquel egotismo grandioso que era justamente todo lo contrario de la idea de Humanidad, del sueño de un nuevo mundo libre, pensamientos ambos motores en la existencia del Libertador americano. Napoleón va en busca de un trono; quiere además eternizarlo en su dinastía. Bolívar va en busca de la gloria; rechaza un trono que reiteradamente se le brinda; rechaza las sugerencias de los amigos que tratan de adularle y dice, ya con el pie en el estribo para el gran viaje, el de su inmortalidad: «La fuente de legalidad es la libre voluntad del pueblo; no la agitación de un motín ni los votos de los amigos.» Ese hombre, español, liberal, demócrata, generoso, merece en puridad el homenaje rendido y fervoroso de una Humanidad que lo ha tributado con exceso a quienes ni de lejos, por grandes que fueran en la Historia, pueden seguir la senda recta y gloriosa de todos los amores que recorriera hasta su muerte el Libertador Simón Bolívar.

Una estampa bolivariana, 1826

Un día de la segunda decena del mes de noviembre de 1826, bajo fina llovizna mañanera, un grupo de diez jinetes, de los cuales ocho vestían el uniforme militar de la Gran Colombia, descendía, al paso de sus cabalgaduras, por la depresión que conduce del altiplano de Cundinamarca hacia uno de los más bellos lugares de América: el prodigioso salto de Tequendama, a ocho leguas de camino de la ciudad de Santa Fe, capital de la Gran Colombia.

A la cabeza del pelotón montado en brioso caballo blanco de larga cola, el Libertador presidente, general don Simón Bolívar, descubierta y dejando resbalar con placer las pequeñas gotas de la lluvia por su espaciosa frente, sonreía de vez en cuando, al oír las expresiones de alguno de sus edecanes y acompañantes. La arrogante montura del Libertador resbaló de la mano derecha y con presteza el jinete levantando la brida lo sujetó fácilmente.

-Excelencia -dijo uno de los militares, con grado de coronel, que marchaba casi a su mismo andar-, parece como que *Palomo* no está hecho a caminar por estas alturas de Cundinamarca.

-Tendrá que ir aprendiendo si ha de seguir conmigo, señor coronel. Sin andar con seguridad por entre los riscos de estos escalones de los Andes no se puede ser montura del general Bolívar. Mis caballos tienen que ~~-152-~~ conocer estas montañas y caminar por ellas como una dama por un salón de baile. Pero una vez no hace costumbre, señor coronel, y espero que *Palomo* que, como lo dice su nombre, es blanco y vuela en el llano, andará también, si Dios lo quiere, por entre los libres peñascos de esta tierra colombiana.

El general Simón Bolívar había cumplido ya los cuarenta y tres años. No hacía aún quince días acababa de llegar a Santa Fe, procedente de Guayaquil y su regreso a la capital de la Gran Colombia no había sido, por cierto, demasiado del agrado del vicepresidente, general don Francisco de Paula Santander. No era viejo, pues, pero se le observaba envejecido, como abrasado por un fuego constante. Su figura menuda y enjuta tenía, sin

embargo, la majestad de quien lleva largos años mandando. El general y su caballo formaban una bella escultura. En su rostro curtido por el sol de los trópicos, a lo largo de las interminables y duras campañas, brillaban dos ojos oscuros, penetrantes, protegidos por abundantes cejas negras, y que parecían consumidos por la fiebre. El cabello peinado todo él hacia adelante, le daba un interesante aspecto romántico. En la mano derecha llevaba su sombrero, y en la izquierda la brida. Del uniforme apenas se alcanzaba a ver el alto cuello, bordado en oro, de la casaca. El resto de su figura nerviosa desaparecía bajo amplia capa que tapaba también la redonda y lustrosa grupa de *Palomo*.

Un oficial venezolano, capitán de lanceros, adelantó su jaco para situarse al lado de Bolívar.

-Excelencia -comenzó a decir-, he recibido ayer carta de mi general Páez. No soy yo demasiado avisado en materia política, pero se me hace como que mi general no anda muy contento y pudiera haber pereques por allá abajo.

-Así lo tengo entendido también yo, señor capitán, mas pronto habremos de saber lo que sucede, porque tengo decidido salir para Caracas en unos cuantos días. El general Páez ha sido y es un gran patriota y no creo ni espero tener nunca con él dificultades.

-153-

Y cambiando la dirección de la voz y elevando el tono para dar a entender al capitán que había terminado la conversación sobre un tema que no le resultaba grato, añadió, dirigiéndose a uno de los dos jinetes vestidos de paisano:

-Don José Rafael-, ¿no es ésta la famosa hacienda de Canoas del chapetón don Fernando Rodríguez?

-Sí, excelencia. Por cierto que la otra noche en el baile de los Lasso de la Vega, don Fernando me rogó que si el señor presidente venía, como ahora lo hacemos, a visitar el salto, no dejara de advertírsele para prepararnos al regreso adecuado refresco; y así lo he hecho suponiendo que no nos habrá de

caer mal un refrigerio poco antes del mediodía. Además, don Fernando tiene fama de muy buena mesa y habrá de esmerarse en la ocasión, porque si bien es cierto que nunca se ha mostrado partidario de la independencia, la verdad sea dicha, se ha comportado siempre muy noblemente. Es hidalgo, es rico y tiene bastantes años. En sus circunstancias suele provocar más la tranquilidad que la guerra.

A la derecha del camino apareció por delante de los caballeros el río Bogotá, cuyas aguas buscaban por el sinuoso cauce el lugar desde donde iban a dar un formidable salto de ciento sesenta y siete metros en el espacio. La leyenda precolombina cuenta que el salto de Tequendama por el que se precipita al abismo el río Bogotá, fue abierto con una varita mágica por el gran Bochicá tocando en las peñas para desecar la laguna que hoy constituye la sabana de Cundinamarca. Era Bochicá, según la tradición de los chibchas, un venerable anciano de piel blanca y luenga barba del mismo color, y los indios veían en la gran catarata que él abrió, la imagen poética de sus barbas. La leyenda chibcha de Bochicá, el hombre blanco y barbado, representante del buen espíritu, coincide en sus líneas generales con la leyenda azteca de Quetzaltcoatl, que tanto ayudó a Cortés en la penetración de la Nueva España. Pero volvamos a nuestra historia.

-154-

Uno de los edecanes, dirigiéndose a Bolívar advirtió señalando una tupida niebla que se veía como a un cuarto de legua:

-El Tequendama, mi general.

El general Bolívar fijó los ojos en la dirección apuntada, quedó un instante silencioso y luego dijo, casi para su colete:

-El salto a la eternidad de los enamorados despechados. ¡Bello fin para algunos románticos!

El general ciñó apenas los tacones sin clavar la espuela, cedió un poco la brida y *Palomo* salió al galope seguido por los otros nueve caballos. La capa de

pañó del general se alzaba al viento con la galopada, como las crines de *Palomo*. En pocos instantes se cubrió la distancia hasta la explanada tras la cual se veía subir la neblina de los millones de partículas de agua despedidas en el rebote contra las rocas del fondo del salto. El general Bolívar tascó el freno de *Palomo* y con la agilidad de quien como él había hecho del caballo el compañero inseparable en todas sus campañas, saltó al suelo, dirigiéndose, sin esperar a los demás jinetes, al punto en donde el río se transformaba en «música de plumas» como había dicho un poeta colombiano.

La tierra estaba resbaladiza y pegajosa a consecuencia de la evaporación y de la lluvia. José Rafael Revenga, el secretario privado del Libertador, le dio una voz:

-¡Cuidado, excelencia!

El general, sin detenerse ni volver la cabeza, contestó:

-Gracias, don José Rafael, por considerarme lo suficientemente joven como para intentar medir la altura del salto. Ni soy joven, ni en amores he sentido nunca el despecho. Puedo contemplar sin peligro este espectáculo maravilloso y no sentir vértigo.

Y antes de que nadie pudiera impedirlo, el Libertador presidente de la Gran Colombia se había colocado de pie en la roca saliente a la izquierda de la corriente del río, desde la cual decían adiós a la vida los desesperados santafereños y que por ello se llamaba «la piedra de los suicidas». Como cuando muchacho en el monte Aventino, -155- en Roma, juró luchar sin descanso por la independencia de su patria, como cuando contempló América desde la cumbre del Pichincha, el general Bolívar, cruzó los brazos y se quedó unos segundos meditando o absorto por la belleza que se le ofrecía. El ruido de la cascada le aislaba de las voces que daban sus amigos para que se retirase de aquel peligroso lugar, desde donde cualquier movimiento inadvertido, cualquier resbalón podía ser fatal. Así permaneció como un minuto y en seguida, girando ágilmente, volvió a reunirse con los que le esperaban sin ocultar la intranquilidad.

Volvió sonriendo y satisfecho, como un muchacho que acaba de hacer una travesura.

-Comprendo -dijo- que en holocausto a la dama de sus pensamientos haya quienes den un paso más. ¡Cuesta tan poco! ¡Se debe descansar tan sabroso! ¡Son tan bellas las barbas de Bochicá!

Recorrieron a pie las inmediaciones casi en silencio. El general, sin duda recordando los problemas que le aguardaban a su regreso a Santa Fe. Los edecanes, subordinados y amigos, respetando los pensamientos del prócer.

-¿Regresamos, señores? -dijo de pronto y como volviendo de un sueño.

Y dirigiéndose a todos añadió con voz de mando:

-A caballo.

La comitiva inició el regreso. El general, abriendo camino; los demás, a corta distancia. *Palomo*, respondiendo a la confianza que en él había demostrado el primer guerrero del continente, iba subiendo con paso seguro. Sentía el freno abandonado a su nobleza.

Cuando llegaban a la altura de la hacienda de Canoas, don Fernando Rodríguez, el propietario de la misma, se encontraba en mitad del camino abrigado en una clásica ruana. Frisaría don Fernando en los sesenta años. Su barba gris y su bigote blanco hacían destacar aún más los rasgos de energía de su rostro castellano. Reverente, se quitó el sombrero y exclamó al tener al Libertador como a seis metros de distancia:

-156-

-¡Bienvenido a esta hacienda, que es su casa, el señor Presidente de Colombia! ¿Puedo esperar el honor de que vucencia y la compañía compartan conmigo el pan?

-El pan y lo demás, señor don Fernando, que ya sé cuán bien se trata a los amigos de vuestra casa, y os agradezco muy de veras la fineza porque el

fresco de la mañana y la buena compañía han abierto mi apetito -contestó el general. Y agregó-: Señores: don Fernando y su gentil hospitalidad nos aguardan. No sería correcto pasar de largo.

Don Fernando tuvo la brida mientras se apeaba despacio el Libertador. Hicieron lo mismo los demás y dejando el cuidado de los caballos a los criados de Rodríguez se encaminaron hacia la Casa de Canoas.

* * *

El refresco preparado por don Fernando iba llegando a su fin. El ajiaco de pollo, la sobrebarriga al horno y la ensalada habían sido frecuentemente regados por abundantes libaciones de buen vino tinto de Rioja que Rodríguez recibía años antes en bocoyes de España. En una de las cabeceras de la mesa el Libertador presidía, interviniendo siempre con gracejo en la conversación, cada vez más animada.

Al sacar el queso y los dulces, don Fernando, que ocupaba la cabecera, hizo una seña a los sirvientes y preguntó a Bolívar:

-¿Me permitís que se descorchen unas cuantas botellas de champaña vieja que guardaba para buena ocasión, señor presidente?

-Si la creéis buena, en efecto, don Fernando, por nuestra parte no creo que haya nadie que se oponga a tan gentil agasajo.

Servidas las copas, comenzaron los brindis. El Libertador se levantó y cortésmente agradeció a don Fernando Rodríguez la hospitalidad amable y generosa que mostraba como anfitrión. Don Fernando respondió con otro brindis declarándose muy honrado con la visita del -157- Jefe de Estado y a partir de ahí, cada uno se consideró obligado a decir algo.

Ya eran muchas las copas y muchos los brindis cuando se puso en pie el capitán de lanceros venezolano a quien oímos platicar con el general, camino de Tequendama. Acaso porque la alegría del champaña lo transformara en

hombre inconveniente, o porque con sinceridad no recordase que el anfitrión era español, el caso es que con los ojos brillantes y la voz levantada dijo.

-Mi general, yo levanto mi copa para que pronto no quede en nuestra América un solo chapetón (español) que pueda ir a contar a su tierra ni siquiera las glorias de vuestra excelencia.

El brindis fue acogido con grandes carcajadas por los presentes. Era frecuente en las reuniones de militares colombianos «echar contra los chapetones» en busca del éxito fácil. La ocasión, sin embargo, no era demasiado indicada, pero las copas habían hecho su efecto en los jóvenes. El general Bolívar, que se había quedado ensimismado y no había escuchado lo dicho por el capitán llanero, ante las carcajadas se unió al coro, y asombrado de ver con aspecto muy serio al anfitrión hubo de preguntarle:

-Señor Rodríguez, ¿por qué no nos acompaña usted en la razón?

Se hizo un silencio penoso. Alguno de los acompañantes se dio cuenta del aprieto en que Rodríguez se encontraba. Entretanto, el secretario privado del presidente le contaba por lo bajo a éste lo dicho por el capitán en su brindis. Con voz altiva y porte digno y tranquilo, respondió el honrado viejo castellano.

-Porque siendo español, excelencia, no creo que eso sea razonable.

No era el general Bolívar hombre que aguantase lecciones de nadie y la actitud de los que con él iban se descompuso un tanto en espera de ver la reacción del Libertador. Éste miró a su alrededor, impuso silencio con una mirada fulminante, y recuperándose, para dar -158- la mayor amabilidad a su tono, dijo en medio del asombro de sus oficiales y amigos:

-¡Ojalá y tuviésemos muchos patriotas tan enteros como usted, señor don Fernando! Y yo le ruego que excuse la inconveniencia del capitán y mi distracción al preguntarle.

México, D. F., octubre de 1943.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

